

BREVE HISTORIA
DE LA GUERRA
DE INDEPENDENCIA
1808-1814

Carlos Canales Torres

Colección: Breve Historia (www.brevehistoria.com)

www.nowtilus.com

Título original: *Breve Historia de la Guerra de la Independencia 1808-1814*

© **Autor:** Carlos Canales Torres

Edición española:

© de la edición 2008 **Ediciones Nowtilus, S.L.**

Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid

Editor: Santos Rodríguez

Responsable de editorial: José Luis Torres Vitolas

Diseño y realización de cubiertas: Carlos Peydró

Diseño de interiores y maquetación: Wagram, Imagen y Diseño

Producción: Wagram - Ristre Multimedia, S. L.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la perceptiva autorización.

EAN: 9788497632829

Fecha de primera edición: Febrero 2006

Fecha de segunda edición: Marzo 2008

ÍNDICE

Prólogo	5
Introducción	11
Cap.º I La crisis española	15
Cap.º II El juego del Emperador	27
Cap.º III España sin rey	37
Cap.º IV España se alza en armas	49
Cap.º V Los ejércitos combatientes	73
Cap.º VI El Imperio contraataca	105
Cap.º VII La España del rey José	119
Cap.º VIII 1809. Guerra a muerte	127
Cap.º IX 1810. Solos ante los franceses	167
Cap.º X 1811. Guerra sin fin	191
Cap.º XI 1812. El contragolpe aliado	223
Cap.º XII 1813. Hacia el triunfo final	249
Cap.º XIII 1814. El año de la victoria	281

A mi padre, que ama la Historia y a España.

*A la memoria, nunca más olvidada,
de José Sainz, mi lejano antepasado,
subteniente del regimiento de Húsares de Cantabria,
que supo acudir en defensa de su patria cuando ésta le necesitó.*

Prólogo

Juan Antonio Cebrián presenta

La guerra de Carlos

Es muy difícil para mí compendiar en breves líneas toda la admiración y cariño que siento por mi querido amigo Carlos Canales. Y lo cierto es que en estos once años de relación apenas se lo pude expresar cara a cara pues, siempre que me entregaba a la tarea, Canales me interrumpía una vez esbozadas las primeras palabras para terminar en gozosa monopolización, por su parte, de cualquier discurso o argumento esgrimido. Pero, qué caramba, créanme que merece mucho la pena estar a su lado en cualquier ocasión disfrutando de su brillantez intelectual, de su lucidez verbal y de su peculiar forma de entender la existencia. Carlos alberga en su interior las esencias renacentistas que todos sus allegados apreciamos sin recato. Es capaz de mantener varias conversaciones a la vez sobre cualquier disciplina sin perder hilo ni apostilla, y eso le convierte en un ser maravilloso, de esos que, hoy, por desgracia, escasean en nuestra sociedad tan empeñada en lo estéril. Canales tiene entre otras virtudes la de una vocación fértil por todo lo que sepa a histórico y, en ese sentido, siempre me llamó la atención sus profundos conocimientos sobre la peripecia bélica de los pueblos. No en vano es fundador y presidente de publicaciones tan prestigiosas como *Ristre* —revista de historia militar española muy apreciada por los eru-

ditos del sector gracias a sus cuidados textos e ilustraciones—o *Ristre Napoleónico*, consecuencia lógica de la anterior y motivo de acercamiento para todos aquellos que quieran saber mucho más sobre esta decisiva etapa europea.

Para los españoles la Guerra de la Independencia es el inicio de nuestra Edad Contemporánea. Fue precisamente el conde de Toreno quien definió a la perfección todo lo que supuso para nuestro país la guerra peninsular, como así la denominaron los historiadores británicos. El ilustre diplomático, enviado a Londres a finales de mayo de 1808, escribió una obra titulada *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*. Modestamente, pienso que ese encabezamiento define con precisión lo que fue nuestro particular conflicto de liberación nacional. Levantamiento, porque fue una reacción popular violenta contra los franceses y las autoridades locales comprometidas con ellos; guerra, porque la voluntad de los patriotas españoles, de hacer frente a Napoleón, se opone, hostilmente, al deseo de Bonaparte, quien sostiene asimismo su decisión con las armas, provocándose, por ello, el conflicto bélico, y revolución, porque al hilo de los sucesos militares se desarrolla un proceso institucional nuevo en nuestra historia que cristalizará en la Constitución liberal que los diputados de las Cortes de Cádiz redactan en 1812.

En el inicio de la contienda el ejército español contaba, sobre el papel, con unos ciento diez mil hombres veteranos a los que podría sumarse un número cercano a los treinta y cinco o cuarenta mil de las milicias provinciales. Al margen de que esa cifra era poco mayor que la de las tropas francesas destacadas en España, cabe decir que la dispersión, la escasa preparación de la mayoría de sus cuerpos y la anticuada formación de sus mandos, hacía de estas fuerzas un heterogéneo grupo difícilmente comparable a los ejércitos napoleónicos. El ejército regular español durante la guerra fue inferior, no se puede negar, al francés. Prácticamente hubo una sola victoria para las tropas regulares españolas: Bailen, en julio de 1808, y el entusiasmo lógico que suscitó entre los españoles —como en toda Europa, puesto que era la primera derrota que en campo abierto sufrían los napoleónicos— a la larga resultó perjudicial, pues hizo creer a los generales españoles que la acción de Castaños era fácil de repetir. Y dicha presunción costó muchas derrotas. Si el ejército regular fue repetidamente vencido, ¿por

qué se produjo la victoria final y la expulsión de España de los ejércitos franceses y de la dinastía intrusa personificada en José I Bonaparte? La respuesta se me antoja sencilla: los españoles nunca se rindieron a pesar de sus continuos descalabros en el campo de batalla; asunto al que no estaban acostumbrados los disciplinados mandos galos. Si, por un lado, en España combatió un ejército aliado compuesto por tropas inglesas, portuguesas y españolas regulares, no podemos olvidar que, por otro, surgió un movimiento de resistencia irregular integrado por guerrilleros. Sin la participación del ejército expedicionario inglés, mandado por Wellington, no se hubiese producido la victoria; pero sin la aportación del pueblo español encuadrado en partidas y guerrillas, difícilmente ese contingente aliado hubiese logrado actuar como lo hizo. Los cuarenta mil españoles que se «echaron al monte» contra el francés, además de los que los apoyaban con dinero, comida, refugio o información, fueron una constante molestia para los generales franceses, que debían dedicar muchos hombres para proteger vías de comunicación y acosar a un enemigo que se movía en la sombra y que dominaba el paisaje sin darles cuartel y sin actuar más que cuando tenía segura la victoria.

En definitiva, una tremenda guerra de desgaste, sucia y feroz que acabó por desmoralizar a unos soldados acostumbrados a que una victoria campal les abriese las puertas de un país como había sucedido en todos los campos de Europa desde hacía quince años. Un inglés definió la situación en estos términos: “si Wellington fue el torero, los guerrilleros picaron al toro francés y le pusieron banderillas”.

En las páginas de este libro, el lector se va a topa con una guerra despiadada que sembró nuestro país de auténtica desolación y mortandad. Canales se muestra riguroso a la hora de actualizar datos fidedignos sobre el conflicto, ameno en la exposición de situaciones y certero en sus apreciaciones sobre la interpretación de los principales acontecimientos. Esta *Breve Historia sobre la Guerra de Independencia Española* será, sin duda, obra de referencia para los que quieran saber la verdad de este capítulo fundamental en la historia de España.



*Mapa general de las operaciones en la Península Ibérica
(1807-1814)*

Amanecer

Líneas de sitio de Stralsund. Pomerania. 16 de agosto de 1807.

Era aún plena noche cuando se dio la orden a las tropas del general Kindelán de aprestarse para el combate. Con poca luz y bajo una suave brisa que procedía del mar, los hombres del regimiento de Infantería de Línea de Zamora tomaron con cuidado sus armas. Llaves, baquetas y cartuchos fueron cuidadosamente revisados. A luz tenue de las antorchas y de la luna, las bayonetas, hermosas y largas herramientas de acero de más de dos palmos de longitud, desprendían extraños reflejos al ser extraídas de sus fundas. Los granaderos, impresionantes con sus gorros de piel de oso y, los fusileros, con sus sombreros de “medio queso”, fueron formando para ser revistados antes del combate. No muy lejos de allí, sus compañeros del batallón Ligero de Cataluña realizaban una ceremonia similar. Sus capotes marrones, necesarios en las frías noche bálticas, fueron guardados con meticulosa profesionalidad y, los largos fusiles, sacados de sus fundas. Los soldados catalanes dejaron libres los plumeros de los cascos para que en la distancia les hicieran parecer más altos y esbeltos, y distorsionaran su imagen ante los tiradores enemigos. Entre tanto, quienes estaban situados en las posiciones de vanguardia, escucharon el sonar de los cascos y los relinchos de los caballos de unos jinetes a los que reconocieron en seguida por sus dolmanes verdes y sus chacos negros. La mayoría llevaban sus carabinas dispuestas y sus sables colgaban a su costado izquierdo. De entre ellos destacaban los trompetas con sus llamativos uniformes escarlata y los espectaculares *colbacs* de piel de algunos oficiales. Todos parecían firmes y resueltos. Eran dragones del regimiento Villaviciosa, aún con su antigua indumentaria del Instituto de Cazadores al que hasta hace poco habían pertenecido, e iban a

desplegarse para participar en el ataque, en apoyo de sus camaradas de infantería. Su objetivo eran los parapetos y trincheras del ejército sueco en torno a la antigua ciudad hanseática de Stralsund, en las costas alemanas de Pomerania. Al iniciar su avance comenzaron a escuchar los primeros disparos de armas ligeras y el rasgar el aire de los proyectiles de la artillería enemiga, y sabían, perfectamente, que muchos de ellos no verían amanecer el siguiente día; pero era su deber y, aunque estaban a miles de kilómetros de su casa, querían demostrar de lo que eran capaces. Eran las dos de la madrugada del 16 de agosto de 1807...

Apenas unas horas después, a eso de las nueve, el combate cesó y las tropas españolas *“despreciando el fuego de fusil y cañón enemigo, y arrojando con denuedo los riesgos, ocupando los puntos señalados y quedando situados en ellos...”*. Según comunicó a Madrid en su informe el propio general Kindelán, habían cumplido su misión. Poco a poco los supervivientes de los tres regimientos que habían participado en la lucha se recuperaban de las heridas, del cansancio y de la tensión del combate. Días después el coronel barón de Armendáriz fue propuesto para la Legión de Honor, la máxima condecoración francesa, junto a los capitanes Del Río, Rute, Aranda, Coma y el alférez Contreras, por su sereno valor y su conducta ante el enemigo, y el general Monitor mencionó en su carta al mariscal Brunne que no tenía adjetivos *“para subrayar el espíritu de honor, entusiasmo y valor de las tropas españolas”*.

Un año más tarde, los camaradas de Stralsund, hombres que habían desafiado juntos el fuego sueco se encontrarían enfrentados en la más atroz de las guerras imaginables. Los españoles intentarían desde Dinamarca huir hasta su patria, para, desde ella, combatir a sus antiguos aliados. Muchos no lo lograron y acabaron sus días en la horrible campaña de Rusia sirviendo bajo las banderas de un rey de España, José I, que casi ninguno consideraba el suyo. Otros, como el propio Kindelán, se unirían con entusiasmo al rey intruso y jamás volverían a ver la nación que les vio nacer. Los más, caerían a lo largo y ancho de toda España combatiendo, muchas veces a la desesperada, contra los poderosos ejércitos franceses que intentaban ocuparla.

¿Qué fue lo que ocurrió? ¿Cómo se llegó a tan terrible drama? ¿Por qué Francia invadió España? ¿Por qué se produjo una reacción popular tan intensa?

INTRODUCCIÓN

Situada al extremo de la Europa Occidental, la Península Ibérica se ofrece como una presa tanto más codiciada cuanto que su dominación permitiría a los franceses combatir allí a los ingleses, aliados de los portugueses.

Jean-René Aymes

Los seis años que transcurren entre 1808 y 1814 se encuentran entre los más importantes de nuestra historia, ya que de ellos, para lo bueno y para lo malo, nació la España contemporánea. Para España, que tras el alzamiento de 1808 jugó un honroso papel en el conflicto europeo, en el que dio alas y alentó la resistencia en Europa entera, que vio cómo un solo país podía con esfuerzo y valor oponerse al poderoso imperio francés, la guerra fue un terrible desastre. Probablemente, si las cosas hubiesen sido de otra manera, las reformas que debían conducir a España a la modernidad se habrían ido imponiendo de una forma u otra, pues aunque es seguro que habría habido una enorme resistencia de los sectores más inmovilistas, también es verdad que poco a poco las ideas ilustradas iban calando en una burguesía, todavía débil, pero cada vez más pujante.

La guerra aceleró el proceso, por lo que es importante destacar la revolución interior sufrida por España durante estos años que vieron nacer nuestra primera Constitución y el comienzo, al fin, del Antiguo Régimen, y condicionó las décadas siguientes, al no lograrse un acuerdo efectivo que satisficiera a todos los poderes enfrentados, y que impulsó un conflicto entre los legitimistas monárquicos y los liberales o

constitucionalistas que duraría con diversas formas la mayor parte del siglo XIX. Por otra parte, no debemos olvidar la difícil situación en la que nuestro país se encontraba al producirse el levantamiento popular en 1808, enfrentado en guerra abierta con el Reino Unido, que tras barrer la oposición de nuestra flota y la de nuestros incómodos aliados hacía ya tres años, estaba dispuesto a terminar con nuestro imperio ultramarino, al que podía atacar sin apenas oposición, a su gusto, sin que los fracasos ante Buenos Aires y Montevideo les hubiesen desalentado lo más mínimo, y al comienzo de una revolución interior, de corte palaciego, pero con cierta intervención de importantes sectores de la sociedad, que pretendían alejar al primer ministro Godoy del poder y sustituir al decrépito monarca, Carlos IV, por su hijo, el taimado Fernando, príncipe de Asturias.

Para Francia, causante de la guerra, la misma fue fruto de la ambición desmedida de Napoleón, hombre genial en todos los aspectos, no sólo como militar. Organizador de primera, hábil ejecutor de las decisiones de gobierno e impulsor de la codificación normativa en la más hermosa tradición de la Ilustración, dejó fijadas las líneas maestras de la política francesa de la Revolución y estableció las bases de una educación pública, laica y moderna, que decenios después se convertiría en uno de los signos de identidad de Francia. Sin embargo, tampoco conviene olvidar otros aspectos importantes no tan brillantes. Fue también un gobernante tiránico, convencido de la necesidad de exportar los ideales de la Revolución a todo el continente, única y exclusivamente, para afianzar su poder, sin importarle que en su camino tuviese que aplastar naciones enteras, y actuó en ocasiones, como en Holanda o en España, con una total falta de escrúpulos. Su nacimiento en la baja nobleza corsa le dio una concepción patrimonial del Estado al estilo del ejercido por las familias que dirigían la política en su isla natal, lo que le llevó a rellenar los tronos de Europa con sus hermanos y familiares políticos, según él, los únicos en los que podía confiar. Su poder casi absoluto le inclinó en ocasiones hacia el despotismo que tanto despreciaba, pues, en realidad, lo que de verdad odiaba el genio corso era el *Antiguo Régimen*, para él caduco, que identificaba en las viejas monarquías a las siempre quiso destruir. Fue el culpable de la Guerra de España que, a la postre, fue una de las causas de su ruina. Jamás, en tanto tuvo las riendas de Francia, reconoció que se

había equivocado en España, para desgracia de los miles de soldados de su nación enfrentados a una guerra feroz en la que muchos de ellos encontrarían la muerte.

El Reino Unido, por su parte, llevó una guerra contra Napoleón totalmente solitaria, aunque en cada coalición contase con aliados poderosos. Fue una lucha aislada, porque sus objetivos eran diferentes a



La sumisión española a la política francesa produjo situaciones extrañas que obligaron a nuestro ejército a intervenir en teatros de operaciones muy lejos de nuestro país y de nuestros intereses. En la ilustración dos oficiales españoles de la División del Marqués de la Romana pasean por Hamburgo en 1807.

Colección Imperial. Hermanos Suhr.

los de los demás. Para austriacos, prusianos, o rusos, la lucha era meramente por evitar la destrucción de su monarquía y sistema de gobierno tradicional por el ímpetu de las ideas y las armas francesas. Para los españoles y portugueses era una guerra para mantener su independencia y soberanía nacional, pero para Gran Bretaña, profundamente implicada en la primera revolución industrial del mundo que cambiaría Occidente y la Tierra entera para siempre, era una cuestión de supervivencia mantener los mares y el comercio libres e impedir un poder total de un monarca en la Europa continental. Les consideremos egoístas o no, los británicos llevaron hasta el final su estrategia y vencieron, pues tras Trafalgar y Waterloo se convirtieron en los amos de los

mares y señores del mundo durante más de un siglo, ganando además para siempre y pese a todos los problemas un fiel aliado, pues Francia siempre combatiría en las guerras decisivas del futuro en el bando inglés. Por el contrario, para las grandes potencias continentales, representadas por sus monarquías ancestrales, fue el principio del fin. Europa tuvo que esperar hasta 1918 para ver su ocaso definitivo, pero a

la larga las fuerza de las ideas, que fue la gran herencia de la Revolución, de la que Napoleón era evidentemente hijo, fue finalmente más poderosa que las armas.

Por último, para Portugal, la guerra resultó un desastre total. La marcha de la familia real a Brasil y la destrucción y devastación causada por el conflicto, acabaron con la obra del marqués de Pombal y los gobiernos ilustrados que le siguieron. Arruinó su comercio y su escasa e incipiente industria, destruyó vías de comunicación y causó una pérdida irreparable en la agricultura y la ganadería. Además, convirtió a la nación en un auténtico protectorado británico, situación que se mantendría hasta bien entrada la década de los años veinte del siglo XIX y condicionaría poderosamente el futuro de la nación que, por lo demás, reproduciría en las décadas siguientes un conflicto entre los liberales más avanzados y los grupos refractarios a la modernización y al progreso similar al de España, y que colocaría a ambas naciones en el furgón de cola de la Europa Occidental, situación que sólo en las últimas décadas se ha ido corrigiendo con un enorme esfuerzo.

En cuanto a las fuentes, obviamente este libro es fruto de una investigación bibliográfica y no documental, dado que su objetivo es sólo dar a conocer de forma sencilla que fue y que supuso para España la Guerra de Independencia. Sin embargo, sí he querido reflejar, aunque sin profundidad, las más modernas investigaciones que se están llevando a cabo en los aspectos puramente militares de la guerra y sus implicaciones políticas, ya que creo que la historiografía tradicional, tanto española como francesa o británica, está cargada de errores y juicios de valor gratuitos que, al menos en España, están siendo puestos en cuestión mediante la única forma posible, con documentos, datos y hechos, labor en la que están implicados decenas de historiadores profesionales y grandes amantes de la historia militar napoleónica entre quienes quiero destacar a José Sañudo, Leopoldo Stampa, Julio Albi, Luis Sorando y otros muchos más, cuya impagable labor nos está dando constantemente agradables sorpresas.

CAPÍTULO I

LA CRISIS ESPAÑOLA



La familia de Carlos IV.

Obra de Goya. Museo del Prado, Madrid

Los descendientes de Luís XIV, los Borbones que reinan en España son unos degenerados. Basta con ver el Museo del Prado de Madrid el famoso cuadro de Goya que representa a la familia. Una galería de monstruos. La pintura es tan cruel que casi parece una caricatura. Sin embargo, los personajes se encontraron tan parecidos que felicitaron y honraron al artista.

En el centro del grupo, el rey Carlos IV sonríe con una inexpresable estupidez. Es un hombrachón de sesenta años, de pesada corpulencia, de aspecto bonachón, de aire completamente alelado. Respira la tontería más desesperante.

A su lado, la reina María Luisa, es una arpía, ajada, desdentada, de mirada apagada y maligna. Por encima de los perifollos y colorines exhibe una especie de cabeza de ave rapaz. Tiene, a la vez, algo de bruja y de lechuza.

El heredero del trono, Fernando, príncipe de Asturias, es un bobo, cuyo rostro, ininteligente y socarrón, refleja la imbecilidad y la bellaquería.

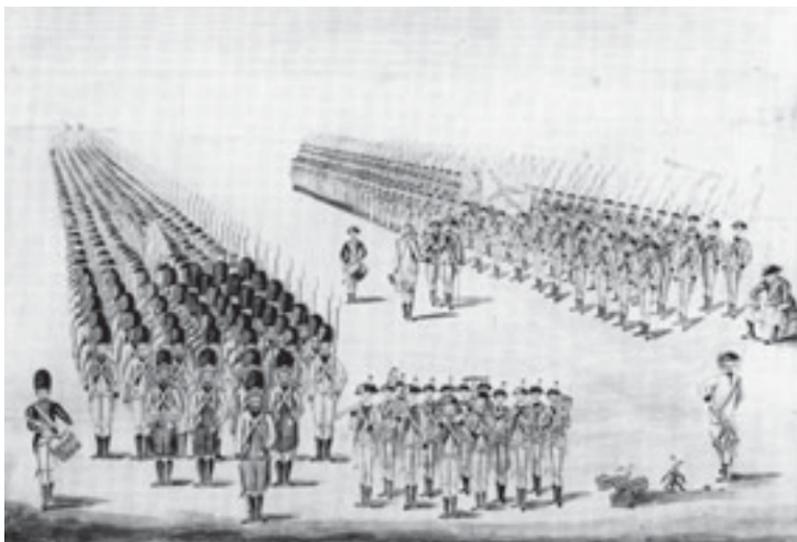
George Roux

UN REINO EN CRISIS

En 1808 España tenía algo más de diez millones de habitantes y aunque se encontraba lejos de los casi treinta de Francia, su población era ligeramente mayor que la de Inglaterra; sin embargo, a raíz de su progresiva industrialización, estaba aumentando a gran velocidad¹. Durante el siglo XVIII España había tenido un notable desarrollo y al comenzar el siglo XIX no presentaba unas grandes diferencias en nivel de vida con el resto de su entorno europeo, salvo en dos cuestiones importantes, la altísima tasa de analfabetismo —apenas el 25% de la población sabía leer y escribir— y la escasez de ciudades realmente importantes —Madrid apenas sobrepasaba los 200.000 habitantes, frente a unos 700.000 de París y casi 900.000 de Londres—. Esto significaba la ausencia de masas de obreros y proletarios que comenzaban a ser frecuentes en las urbes del Reino Unido y de Francia y configuraban una sociedad muy diferente a la española, que era todavía típicamente rural.

La estructura de la población en los tres estados clásicos del Antiguo Régimen producía también notables diferencias con los británicos y los franceses. Algo más de 400.000 personas pertenecían a la nobleza —119 grandes de España y 535 títulos— otros 170.000 eran parte del clero —un nivel altísimo— y el resto, el pueblo llano. La posesión de la tierra cultivable o productiva era muy desigual, puesto que los nobles eran propietarios del 51,38% y la Iglesia del 16,50%. Por otra parte, las rentas de la Iglesia se repartían de una manera muy desigual entre sus

¹ Inglaterra tenía unos nueve millones, a los que había que sumar la población de Irlanda, que en esa época era superior a la actual.



El Regimiento Jaén en formación en 1793.

La guerra contra la Francia revolucionaria mostró las carencias del Real Ejército y dio comienzo a una serie de profundas reformas que no habían aún terminado en 1808.

miembros —un cura de un pueblo pequeño apenas alcanzaba los 600 reales, en tanto un obispo podía alcanzar fácilmente los 800.000²— y algo parecido ocurría entre la nobleza. La Iglesia seguía teniendo una enorme fuerza intelectual y política en España que lastraba el desarrollo de la nación y la difusión de las ideas modernas y de progreso. A pesar de estos y otros problemas, España disponía de una minoría de científicos e intelectuales a la altura de los de cualquier país de Europa.

Durante el final del reinado de Carlos III, las medidas reformadoras llevadas a cabo a lo largo del siglo por los sucesivos gobiernos de los monarcas de la casa de Borbón habían comenzado a transformar la sociedad. En Cataluña, que disponía de una buena industria textil y de producción de algodón ya desde el siglo XVII, la producción de licores y vinos de calidad y el aumento espectacular de las exportacio-

² La sede Primada de Toledo gozaba de 3.500.000 de reales al año y un obrero especializado de una gran ciudad, en torno a los 2.000.

nes el nivel de vida era comparable al de cualquier región europea, y lo mismo ocurría en el País Vasco, que gozaba de una fuerte industria del hierro y de armamento, y en la actual Cantabria, donde las fábricas de artillería naval, los astilleros y la industria de exportación de harina habían provocado una enorme bonanza económica. Además existía una notable industria de la seda en Granada y Valencia, y de manufactura lanar en Guadalajara. Toda esta producción alimentaba al Imperio Español en América, pero también se comerciaba con Europa y, en menor escala, con el Norte de África.

En los primeros años del XIX esta tónica general continuó, si bien una serie de inusuales desastres afectaron a la España de la época, que sufrió desde terremotos a plagas de langosta, fuertes inundaciones y varias epidemias de malaria y fiebre amarilla que se cebaron con las clases más desfavorecidas, aumentando la pobreza entre un campesinado, que salvo en algunas zonas de Navarra, el País Vasco, y Cataluña, ya era desesperadamente pobre. A estas desgracias se unía, a pesar de las reformas, la persistencia de estructuras socioeconómicas arcaicas, que lastraban el desarrollo y el progreso, desde los diezmos y primicias que se pagaban a la Iglesia, a la presión que ejercían sobre las rentas del campo los otros grandes propietarios, la nobleza rural, las viejas órdenes militares e incluso algunas corporaciones locales. Existían, además, infinidad de monopolios locales para actividades comerciales básicas, en actividades esenciales, como el molido de trigo, o muy minoritarias, como la producción de cerveza. Todo ello generaba una nación cargada de rentistas que vivían del trabajo de unos pocos y en un entorno de impuestos caóticos y con aduanas interiores. La grave situación y el enorme incremento de la población —un 10% entre 1750 y el final del siglo— provocó revueltas ocasionales a lo largo del país, en Galicia y Asturias en 1790-1791, de nuevo en Galicia en 1798, en Valencia en 1801 y en Vizcaya en 1804, a lo que hay que sumar desórdenes en algún momento u otro en casi todas las ciudades del país.

Al comenzar la nueva centuria, España se encontraba en una situación compleja, en la que se mezclaba un atraso atávico con algunos factores de modernidad y vitalidad; pero, en cualquier caso, es difícil hablar de decadencia, pues conviene no olvidar que aún contaba con un inmenso imperio en América y el Lejano Oriente, que

hasta los años finales del siglo XVIII había continuado su expansión³ y que se apoyaba en una poderosa flota y un ejército que, si bien fue decayendo a lo largo de los últimos años del siglo, todavía era importante.

Sin salida

Al firmarse la Paz de París en 1783, la más ventajosa para nuestra nación desde 1559, parecía que España había vuelto de nuevo a ocupar un puesto destacado entre las grandes potencias del mundo. Sus tropas, victoriosas en los campos de batalla de Florida Occidental habían seguido avanzando en el último año de guerra, y ocupado posiciones enemigas desde Saint Joseph, en la orilla oriental del lago Michigan, hasta las Bahamas, y en Europa se había tomado Menorca y amenazado Gibraltar. La flota española, la tercera del mundo, estaba diseñada de acuerdo a las técnicas más modernas de la ingeniería náutica y sus marinos eran hombres capaces y experimentados que seguían extendiendo la soberanía española hacia el extremo norte de las costas del Pacífico. Una ola de optimismo volvía a invadir el decaído ánimo del país. Sin embargo, la realidad no era tan halagüeña. En 1783 la Hacienda española estaba muy quebrantada. A los pocos años del final de la guerra, Gran Bretaña, pionera de la revolución industrial, era de nuevo una terrible amenaza. Con una agresiva economía en expansión buscaba incesantemente nuevos mercados y la América Española era uno de sus objetivos prioritarios.

La necesaria defensa de posiciones en tres continentes obligó a España a invertir ingentes recursos, que no tenía, en programas de construcción naval que permitieran hacer frente al desafío inglés, pero con una educación rudimentaria y una población esencialmente campesina y analfabeta, faltaban tripulaciones adecuadas, obreros cualificados,

³ Con la ocupación y construcción de un fuerte en Nootka, en el estrecho de Juan de Fuca —en la Columbia Británica, en Canadá—, se alcanzó el punto máximo de la expansión española en América. Objeto de una agria disputa con el Reino Unido que casi conduce a una guerra en 1790, en la que España cedió, la posición no se abandonó hasta 1795.

buenos carpinteros de ribera, técnicos y especialistas. En cuanto al ejército, comenzó a disminuir progresivamente y el cuidado de la cría caballar fue cada vez menor. Los proyectos de mejora se vieron muy afectados por la necesidad de mantener una Armada poderosa que, de todas formas, también comenzó a decaer. Cuando en 1793 España se vio enfrentada a los entusiastas y fanáticos ejércitos revolucionarios no fue capaz de detener su empuje. En realidad la agresión española a nuestro aliado de todo el siglo XVIII se debió más a un problema de política dinástica que a un interés nacional o popular. Es evidente que a



Godoy, príncipe de la Paz, retratado en la breve y exitosa campaña contra Portugal que la historia conoce como Guerra de las Naranjas y que a España le valió la obtención de la plaza de Olivenza. Cuadro de Goya, Museo del Prado, Madrid.

la larga, para sobrevivir, el régimen revolucionario francés tenía que acabar con las monarquías europeas, pues siempre serían una amenaza para su subsistencia, lo que provocó el más largo ciclo de guerras que nuestro continente había visto en más de un siglo y obligó a naciones como la nuestra a intentar evitar el “contagio” de las nuevas y radicales ideas que venían de más allá de los Pirineos y que ponían en serio riesgo el mantenimiento del orden ancestral. En tanto la guerra fue bien bajo la dirección y el liderazgo del competente general Ricardos, las tropas españolas combatieron siempre en territorio enemi-

go, en el Rosellón, la Cerdeña, el Languedoc o Provenza; pero tras la muerte del general y de su sucesor, y el comienzo de las arrolladoras victorias francesas ante austriacos, prusianos y piemonteses, la situación española se hizo cada vez más complicada. La ayuda inglesa era ineficaz y las tropas españolas sufrieron serias derrotas que minaron su moral y capacidad de lucha. El Real Ejército, inmerso en profundos cambios que adaptaran su estructura a la nueva realidad, no fue capaz de responder a desafío que se le planteaba.



*El San Nicolás se bate contra los ingleses.
La alianza hispano-francesa terminó en el desastre de Trafalgar.*

El pueblo español era en su mayor parte ajeno a las causas de una lucha que no entendía bien. En 1795 la mayor parte de los altos mandos españoles estaban convencidos de que la derrota ante Francia era inevitable. Las vanguardias galas habían alcanzado el Ebro y el ejército de Cataluña parecía abocado al desastre. Por otra parte, los ingleses no parecían un aliado muy fiable y su apoyo a España había sido escaso y problemático; al fin y al cabo habían sido nuestro tradicional enemigo durante decenios. Es cierto que otros ejércitos infinitamente más

poderosos como los de Austria o Prusia corrieron idéntica suerte, pero lo que distinguía a España y convertía su situación en dramática era que no podía elegir la paz. Su problema no era sólo político, pues hiciera lo que hiciera acabaría en guerra.

En 1795, ante la complicada situación producida por las derrotas ante la Francia revolucionaria, el débil gobierno español optó por la solución más sencilla, una paz al estilo de las del Antiguo Régimen, entrega de algunos territorios y un compromiso de alianza. Sin embargo, a partir de 1804 las cosas cambiaron. La nueva Francia exigía una sumisión total a su política y eso significaba para España la guerra con Gran Bretaña. Esta nación no había sido un aliado cómodo y había un núcleo importante de su población dispuesto a apoyar una ruptura de relaciones con España. Su industria embrionaria exigía nuevos mercados para sus productos manufacturados y nuevas fuentes de materias primas y el Imperio Español tenía todo lo que buscaban. Si la España de 1795 hubiese sido capaz de resistir el empuje francés se podría haber producido una situación como la de 1808 con más de diez años de antelación, pero al cambiar una y otra vez de bando, perdió la confianza de los franceses —que actuaron muy torpemente— y se enfrentó a Gran Bretaña despertando, aún más si cabe, sus ya notables apetencias sobre nuestras colonias.

Fue una época intensa, que se abrió con el comienzo de la nueva guerra entre España y Gran Bretaña en 1804, que situó a nuestro país en el lado francés con todas sus consecuencias; una alianza que nos trajo enormes desgracias, la principal la pérdida de nuestra flota y que motivó intervenciones de nuestras tropas en teatros de operaciones distantes y extraños para nuestras armas. Aunque algunos episodios como la expedición a Etruria o a Dinamarca han sido recientemente popularizados, las luchas, combates y las intervenciones militares llevadas a cabo por España entre 1804 y 1808 en Europa y América, oscurecidas por el tremendo impacto de los sucesos acaecidos a partir del 2 de mayo de 1808, son básicamente desconocidas y están plagadas de actos heroicos y valerosos en mar y tierra, siendo en algunos casos los adversarios y enemigos conocidos como los británicos, inesperados como los norteamericanos en Florida, e inusuales como los suecos en Pomerania. Se trataba en todos los casos de acciones que obedecían, en unos casos, a la política de alianzas llevada a cabo por

Godoy y, en otros, a la codicia e interés que despertaban en muchos nuestros territorios.

En las dos guerras consecutivas contra los británicos, de 1796-1802 y 1804-1808, los éxitos en Tenerife, Puerto Rico, El Ferrol y Buenos Aires, no compensaron las derrotas en Menorca o el cabo San Vicente. A pesar del valor de marinos y soldados, tras la derrota de Trafalgar, la Real Armada ya no fue capaz de proteger por sí sola los territorios americanos que se vieron sometidos a una oleada de ataques cada vez más intensos. Tras los asaltos a Buenos Aires y Montevideo, era evidente que el Reino Unido se había fijado la América española como objetivo. Hacia ella se dirigía la expedición de sir John Moore cuando recibió el orden de dirigirse en apoyo de los patriotas españoles. Los británicos combatían a sus enemigos franceses y protegían sus intereses, como era su deber. Para ellos, digan lo que digan sus historiadores, la causa española era un asunto secundario, conviene no olvidarlo.

Reformas urgentes

La persona que iba a dirigir los destinos de España en los críticos años del comienzo del siglo XIX fue Manuel Godoy. Procedía de la pequeña nobleza extremeña y había llegado a Madrid en las postrimerías del reinado de Carlos III para ocupar una plaza en la selecta Guardia de Corps. Al poco tiempo de su ingreso, ya reinando Carlos IV, llamó la atención de la reina María Luisa, por su porte altivo y buena presencia, y al poco tiempo se había ganado los favores de la pareja real —en especial de la reina—, y ya, en 1792, alcanzó el rango de capitán general, siendo nombrado poco después Primer Secretario de Estado. Su ascenso imparable estuvo directamente provocado por los agrios enfrentamientos que empezaban a producirse en el seno de las más altas instancias del gobierno y la administración. Desde finales de la década de los ochenta del siglo XVIII se había ido agudizando una fuerte rivalidad entre los nobles de alta cuna que desde siempre habían tenido el control de los destinos de España y a los que se conocía por el apodo de los “pelucas” y los “corbatas”, procedentes de un origen más humilde, pero que se habían ido abriendo paso por sus conocimientos y eficacia en la administración de la nación.



Fernando VII, por Goya. Museo del Prado Madrid. El príncipe de Asturias defraudó las esperanzas que el pueblo había depositado en él y se comportó siempre de una manera indigna.

La rivalidad entre ambas facciones, representadas por el conde de Floridablanca, por los “pelucas”, y el conde de Aranda, por los “corbatas”, facilitó el ascenso de Manuel Godoy, ya que el rey buscaba a alguien que fuese de su estricta confianza. Desde luego, era un hombre ambicioso y es posible que no tuviera demasiados escrúpulos, pero ni era tonto ni un vago. Premiado por el rey con el título de príncipe de la Paz tras el tratado de Basilea con Francia de 1795, del que España salió mejor parada de lo esperado, poco a poco se fue haciendo con el control total de las riendas del estado. El rey Carlos IV era una verdadera nulidad, escaso de luces —por no decir directamente que era idiota—, se dedicaba a la caza y a coleccionar relojes, por lo que Godoy es-

taba realmente a cargo del destino del país, y gobernarlo, dado los tiempos que se corrían, no era cosa sencilla.

Las reformas que inició eran totalmente necesarias, si bien debido a su carácter autoritario y a su ligereza de conducta se alejó de mentes brillantes que, como Jovellanos, podían haber sido buenos aliados en sus proyectos. La verdad es que Godoy era consciente del futuro que le esperaba a España e hizo tremendos esfuerzos para mejorar la economía, las estructuras del estado y, sobre todo, el ejército, muy debilitado, de cara a un posible enfrentamiento definitivo con la Francia de Napoleón, que sabía que iba a llegar de forma inevitable.

Tras la entronización de Napoleón como emperador de los franceses en 1804, y la constante hostilidad inglesa, que no bajó de intensidad en ningún momento, se unió el tener como vecino terrestre a un régimen

que buscaba la destrucción de las monarquías del Antiguo Régimen a las que consideraban hostiles. Heredero de la Revolución y de sus principios, Napoleón fue el motor de la expansión de las ideas revolucionarias hacia Alemania, los Países Bajos e Italia, lo que mostraba bien a las claras el destino que a la larga le esperaba a España y a la Casa Borbón reinante. Por otra parte, cada intento de apaciguar a Francia o acordar algún tipo de alianza con ella, constituía de inmediato un riesgo de guerra con los británicos. Así, a la guerra contra Francia entre 1793 y 1795, siguieron dos guerras contra el Reino Unido, 1796-1802 y 1804-1808. Entre medias y en relación con la alianza con Francia, España invadió Portugal en 1801 y en 1807 —algo que habitualmente se olvida—.

En este escenario los intentos de Godoy y sus ministros para transformar y mejorar el ejército mediante la realización de constantes reformas pueden parecer tal vez caóticos, y a lo mejor lo eran; pero respondían a la desesperada necesidad de fortalecer unas fuerzas armadas muy quebrantadas por años de olvido y negligencia que permitiesen a España forzar a franceses e ingleses a respetarla. Cuando estas tropas tuvieron que combatir, a los suecos en Stralsund, a daneses y franceses en Langeland, o al propio ejército imperial en batallas como Bailén, demostraron que contaban con mandos y cuadros capaces, y con soldados experimentados y eficaces. Sin embargo la situación política impedía mantener una política de neutralidad, por lo que España se vio empujada a una situación que sus dirigentes no supieron evitar y en la que el Ejército, desplegado entre Dinamarca y Portugal, poco pudo hacer, salvo sacrificarse en batallas desiguales contra la poderosa máquina imperial francesa. Es posible que las cosas se pudieran haber hecho mejor, pero así fue como ocurrieron. Cuando los británicos, en campaña contra los franceses, se emplearon a fondo en España en los años siguientes, con frecuencia despreciaron al “miserable” e “incapaz” ejército español; pero en realidad se equivocaban, nunca le conocieron, cuando ellos llegaron ya había sido destruido.